FELIPE GONZALEZ ORTIZ y ENRIQUE ALVAREZ

AMOR Y JUSTICIA

ZARZUELA DRAMÁTICA

EN UN ACTO, DIVIDIDO EN TRES CUADROS, EN PROSA, ORIGINAL

MÚSICA DE LOS MAESTROS

JOSÉ POWER y EUGENIO CONTRERAS

Copyright, by F. González Ortiz y E. Álvarez, 1910

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1910

A mi distinguido amigo Luis Cabaldón
como testimonio de buena amistad y afecto

F. González

30 Dbre 1910

AMOR Y JUSTICIA

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ní representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvege et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AMOR Y JUSTICIA

ZARZUELA DRAMÁTICA

EN UN ACTO, DIVIDIDO EN TRES CUADROS, EN PROSA

original de

FELIPE GONZÁLEZ ORTIZ y ENRIQUE ALVAREZ

música de los maestros

JOSÉ POWER y EUGENIO CONTRERAS

Estrenada en el TEATRO BARBIERI de Madrid, la noche del 18 de Noviembre de 1910

MADRID

G. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º

Teléfono número 551

1910

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
PAULINA.....	Srta. Gómez.
FILOMENA.....	Gosálvez.
DOÑA BÁRBARA.....	Sra. Irurzun.
JUANITA.....	Srta. Cazurro.
ALBERTO.....	Sr. Hernández.
SERAFÍN.....	Barranco.
ERNESTO.....	Cruzada.
DON SEVERO	Delgado.
CANTADOR DE COPLAS.....	García.

Coro general.—Rondalla de bandurrias y guitarras

La acción en un pueblo de Aragón.—Época actual

Derecha é izquierda, las del espectador

ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

Zaguán de casa rica de labranza. Distribuídos por el escenario se ven bancos y sillas de madera propios de pueblo. Puertas al foro y laterales. Arrimados á las paredes están algunos costales llenos de mies y varios aperos de labranza.

ESCENA PRIMERA

CORO GENERAL de labradoras y labradores

Al levantarse el telón va saliendo el Coro por el foro. Algunos de ellos llevan al hombro sacos llenos de grano, y otros horcas, rastrillos y palas de madera. Varias de ellas llevan bajo el brazo otros sacos más pequeños, que se supone que van también llenos de trigo.

Es la hora del amanecer

Música

TODOS

Ya nos vamos al molino,
que hoy es día de moler,
para recoger la harina
que molimos anteayer.
Dejemos aquí los sacos,
que de aquí los cogerán;
¡qué placer y qué delicia
es que no nos falte el pan!

HOMBRES Dejad las taleguillas,
mozas galanas;
venid aquí, chiquillas;
venid, venid, serranas.
Venid á nuestros brazos
no hay tiempo que perder.

MUJERES Si sois tan bribonazos
no os vamos á querer.

HOMBRES Al ver tu corpiño
y al ver tu cintura
de puro cariño
me da calentura,
y para curarme
de esa enfermedad
debes abrazarme
por caridad.

MUJERES Quien al molino intente
ir á tratar de amores
tendrá constantemente
muchos murmuradores.
Las viejas con sus quejas
nos causan mucho mal.

HOMBRES Lo que sienten las viejas
es no hacer igual.

MUJERES Si el cariño puro
te da calentura,
yo á ti no te curo
si no traes al cura.
No soy generosa,
ni por caridad,
que es muy contagiosa
esa enfermedad.

HOMBRES No te alejes de mí, por Dios,
y vamos así los dos.

TODOS Y en tanto que la noche
se va acabando
de amores un derroche
de pruebas dando,
(Van saliendo por el foro.)
en íntimo coloquio
de aquí se aleja
contento cada mozo
con su pareja.

No te alejes de mi, por Dios,
y vamos así los dos.

TODOS (Dentro.)
No te alejes de mí,
no me alejo yo de ti, etc.

ESCENA II

PAULINA sola

Sale por lateral derecha cuando los últimos coristas van saliendo y contempla desde la puerta del foro la marcha de aquellos hasta extinguirse la música

Hablado

¡Pobrecillos, cuánto trabajan, y sin embargo los envidio porque son más felices que yo! (Adelantando hacia el proscenio.) ¡Dicen que el dinero es la felicidad! ¡No, eso no! ¿De qué me sirve ser rica? ¡Un año sin ver á mi Alberto, al dueño de mi corazón y de mi alma! Sin ese loco afán que mi padre siente por el dinero hoy sería dichosa. Mi padre me quiere, sí, pero con ese cariño insensato que hace pensar que la felicidad es imposible sin el dinero... ¡Maldito dinero!

Música

¡Alberto mío,
ay, pobre de mí!
En tu ausencia
mi alma triste
sufre y llora
solo por ti.
Cariño mío,
dulce ilusión,
tuyo es el fuego
de mi pasión.
Eres mi dueño,
eres mi vida,

por ti suspiro
con loco afán.
De mi ha huido
la alegría
sin que ya pueda
volver jamás.
Amarte siempre
fué mi delirio
y que me adores
es mi ambición.
Volver á verte
la mayor dicha
que anhela ciego
mi corazón.
Alberto míc,
soy para ti,
vuelve á mi lado,
vuelve por mí.

ESCENA III

DICHA y FILOMENA

Entrando por lateral derecha y abrazando y besando cariñosamente á Paulina

Hablado

FIL. Triste y pensando en Alberto, ¿verdad? Vaya, no seas tonta y confía en Serafín y en mí que os apoyaremos y haremos cuanto podamos para curar á tu padre de esa maldita avaricia que le ciega y desista de casarte con Ernesto, ese matasanos presumido, ese maniquí de escaparate, que con su empaque de conquistador y sus relumbrones parece el rey de Persia... y, créemelo, Ernesto es ambicioso como tu padre y además un falso, un hipócrita, que le ha sabido alucinar con su labia y sus anillos, que serán de dublé y de brillantes... de pega. ¿Tú quieres mucho á Alberto, verdad?

PAUL. Muchísimo.

FIL. Pues eso es lo principal. No te aflijas; puede que tu padre cambie de parecer cuando sepa que Alberto viene de París hecho un mecánico de primera, y se persuada de que es un hombre honrado, un mozo de provecho, en una palabra.

PAUL. ¡Ojalá aciertes! Pero ten por seguro que sólo variaría de opinión si Alberto, en vez de talento, trajera de Francia muchos, muchos miles de francos. Tú eres libre y eres dichosa porque Serafín...

FIL. Sí; pero es el caso que todavía no se me ha declarado. ¡Ay, cuándo se decidirá ese Serafín encogido! Ya no debe tardar para echar contigo un párrafo de Alberto, y hablarme de si las monjas de su convento hacen ó no hacen niños... de cera para el altar... que si el cura... que si los frailes. . que si soy bonita... que si tengo ángel... que si el talle... que si el... tonto, tonto completamente.

ESCENA IV

DICHAS y SERAFÍN

SER. (Desde la puerta del foro y con tono místico.) A dos ángeles del cielo, un Serafín de carne y hueso, y más hueso que carne, saluda y desea dichas y gloria (Va adelantando á escena.) ora en nombre del Señor. . ora en el mío... ora...

FIL. Sí; ora... *pro nobis*. Tú siempre tan bromista...

SER. Y tú, tan... tan...

PAUL. Rompe, hombre, rompe.

FIL. (Con burla.) Parece que estás tocando á fuego.

SER. Sí, al fuego de amor que encienden tus pupilas.

PAUL. (Aparte á Filomena.) No te quejarás, que bien te piropea.

FIL. (Bajo á Paulina.) ¡Qué gusto! (A Serafín, dándole un golpecito en la cara.) Picarón... Yo me retiro.

SER. ¿A un cláustro?

FIL. Burlón... A participar á mi tío tu llegada. (A Paulina.) Hasta luego, prima.

PAUL. Adiós, loquilla.

SER. Adiós, Filo... mea, digo, Filo... mía.

FIL. ¡Ja, ja, ja! (Vase riendo por la izquierda.)

ESCENA V

PAULINA y SERAFIN

SER. ¿Pero á qué viene esa cara de ánima sin misas? ¿Es que tu padre se ha negado nuevamente y tu novio no ha podido convencerle?

PAUL. ¿Mi novio?... (Con alegría.) ¿Pero ha venido mi Alberto?

SER. ¡Anda, anda... pues ya lo creo! ¡Si yo creí que le habías visto!... ¡Caspitina!...

PAUL. ¡Oh, qué dicha! ¡Gracias, Dios mío, gracias!

SER. Verás. En la carta que hace tres días me enviaba para ti, me incluyó otra en la que me decía que no pudiendo vivir lejos de tu cariño saldría inmediatamente de París, que se presentaría aquí y hablaría otra vez á tu padre á ver si consigue convencerle; y esta mañana, en el momento que me disponía á meter en el torno de las madres un encarguito de la boticaria... ¡zas!... siento un puntapie en medio de... allí... del torno... que me dejó privado de... comunicación con la hermana tornera.

PAUL. (Distraída.) ¡Ay, qué gusto!...

SER. ¡Un demonio!... ¡Caspitina!...

PAUL. Me refería...

SER. Pues bien; vuelvo la cabeza y me encuentro con Alberto.

PAUL. ¿Viene bueno?

SER. Más hermoso que un Niño de la Bola. Me abrazó... creo que hasta me besó... y más alegre que unos villancicos de Pascua me preguntó por ti.

PAUL. ¿Y qué te dijo?

SER. Que como siga tu padre despreciándole porque es pobre, le matará...

PAUL. (Asustada.) ¡Jesús! ¿A mi padre?

SER. No, mujer, no .. Que le matará el sentimiento de no casarse contigo. El mejor día descubre que yo, la persona de su absoluta confianza, protejo vuestros amores... y entonces sí que nos hemos caído, pero de coronilla. (Ligera pausa.) Parece que oigo pasos. ¿A ver? (Se asoma á la puerta del foro.) Lo que yo me figuraba. (A Paulina) Alberto, sí, es Alberto, y la prudencia en estos casos aconseja no estorbar. Conque *ahuecamini*. (Con malicia.) Solos os quedáis y... *Dóminus vobiscum*. (Vase riendo por lateral derecha.)

ESCENA VI

PAULINA y ALBERTO

Música

ALB (Entrando con alegría por el foro.)
Paulina, vida mía,
PAUL. Alberto de mi corazón.
ALB ¿Me esperabas, bien querido?
PAUL Te esperaba con mi amor.
ALB Lejos de ti, mi vida,
¡cuánto sufrí!
Pero al fin, por mi dicha,
me encuentro aquí.
PAUL. Lejos de ti, mi alma,
¡cuánto lloré!
y Dios me ha concedido
volverte á ver.
ALB. Dime si aun me amas,
dímelo, mi bien,
pues si no de pena
yo me moriré.
PAUL Te amo con delirio
y tuya seré.
¡Ya sabes que siempre
yo te lo juré!

A dúo

ALBERTO	PAULINA
Ya soy dichoso	Ya soy dichosa
ya soy feliz,	ya soy feliz,
y entre tus brazos	y entre tus brazos
quiero morir.	quiero morir.
Quiéreme mucho	Quiéreme mucho
y no me olvides,	y no me olvides,
y así seremos	y así seremos
siempre felices.	siempre felices.

Habiado

ALB. Ni un momento he dejado de acordarme de ti, Paulina de mi alma, y en mis soledades me asaltaba la idea de si me habrías olvidado. ¿Es verdad que me quieres mucho?

PAUL. ¿Cómo no? ¿Ignoras que eres el hombre á quien adoro; el aire que respiro, el calor que me anima, la luz que me alumbra? Eso eres tú, y ya sabes que sin aire, sin calor y sin luz es imposible la vida.

ALB. ¡Qué hermosa eres, Paulina! (Ligera pausa.) Partí de aquí sin más capital que el retrato de tu hermosura en el fondo de mi corazón. En mi alma el juramento sagrado de amor que pronunciaste al despedirme de ti, y allá, en mi mente, todo un mundo de ilusiones y sueños fantásticos acaso irrealizables. Así llegué á París sin otra aspiración que hacer de mí un obrero inteligente, para abrirme las puertas de tu casa y hacerme digno de ti y de tu amor. Busqué con ansia una fábrica donde mis brazos tuvieran empleo y enseñanza mi inteligencia, y pronto hallé trabajo en la mejor de París. Trabajaba con ahinco, pero mi pensamiento no estaba allí, volaba lejos, muy lejos, y todo entero lo enviaba aquí, con mi alma, para que te dijera al oído mis penas y los ayes de mi amor. Aquellas largas horas de insomnio devorando los libros de ciencias me-

cánicas y las interminables jornadas de un trabajo sin tregua ni descanso dieron fruto. El jornalero vulgar y rutinario que se fué de aquí, es hoy un artista inteligente, un obrero práctico y científico.

PAUL ¡Qué feliz soy en este momento! ¡Eres tan bueno, y te amo tanto... tanto... que aunque mi padre, avaro ó loco, se empeñara en casarme con otro, en la misma iglesia, si preciso fuera, juraré ser tuya ó de nadie!

ALB. Y yo también juro amarte hasta morir y luchar hasta vencer.

ESCENA VII

DICHOS, DON SEVERO, FILOMENA y SERAFÍN

SEV. (Entrando por el foro, y parado en el dintel de la puerta.) ¡Bien, muy bien! ¿Me quieres explicar que es esto, Paulina? ¿Es así como obedeces mis mandatos?

PAUL (Aterrada.) ¡Padre!...

ALB (A don Severo, que adelanta á escena, interponiéndose entre los dos y mirando á uno y á otro con ademán de amenaza.) No la riña usted; ella no tiene la culpa de quererme ni yo de amarla. ¡Culpad al Cielo que así lo quiso!

FIL. (Entra por lateral izquierda y queda consternada al ver á don Severo.) (¡Pobres chicos, los cazó en la ratonera!)

SEV. Deja al Cielo en paz y no excites más mi coraje. Ya sabes que te cerré las puertas de mi casa, y que en modo alguno he de consentir tu boda con mi hija. ¿Cómo has podido soñar con semejante locura? ¿Cómo has pensado siquiera que yo, el hacendado más rico del pueblo, habría de entregar mi hija á un insignificante menestral como tú, que no podría proporcionarla el lujo y las comodidades que se merece y que yo quiero para ella?

FIL. (¡Mire usted que es empeño en hacerla desgraciada!)

PAUL. ¡Por Dios, padre mío! Es que yo, pobre, y más pobre aún, le quiero, por que con él seré muy dichosa.

FIL. (Así hablan las mujeres buenas.)

SEV. Basta de réplicas. (Dirigiéndose á Alberto.) ¿Quién eres tú? Un hombre honrado... trabajador... ¿Bien, y qué? ¿Eres rico? No. Pues entonces basta y sobra para que me oponga á entregarte mi hija. La honradez sin dinero solo puede dar felicidad á medias, y yo quiero que mi Paulina sea feliz por entero. Por eso la prometí en matrimonio al médico, á don Ernesto, que también es bueno como tú, y tiene lo que tú no tienes, ¡muchas onzas de oro!

SER. (Entrando distraido por el foro.) ¡Qué afán el de sor Tecla, siempre tocando á maitines! (Reparando en don Severo y santiguandose asustado.) ¡Santísimo sacramento!

ALB. Es verdad, no tengo dinero, pero lo tendré, don Severo, lo tendré. Soy un obrero experto, y con mis manos y el amor de mi Paulina, seré rico, muy rico, y sobre todo, seremos felices, muy felices, ¿verdad que sí? (A Paulina.)

PAUL. Sí, padre mío, hacednos felices.

FIL. (Aparte á Serafín.) Eso es quererse.

SER. (Aparte á Filomena.) Es una mujer chipén.

SEV. (A Alberto.) Tú lo que traes es el humo de la fábrica en la cabeza, y crees que vas á conseguir engañarme con esos desplantes de sabiduría cogida á lazo.

SER. (Al cuello te lo echaba yo, ladrón.)

FIL. (¡Ay qué tío es mi tío!)

ALB (Con energía.) Don Severo, la paciencia tiene su límite. Le he tolerado que me lance á la cara como un estigma infamante mi pobreza, pero no le consentiré que me insulte.

FIL. (Tiene razón.)

SER. (Duro... duro.)

PAUL Alberto, por Dios, es mi padre.

ALB. Ya sé que es tu padre, y por eso, y porque tú estás aquí, habla como habla.

SER. (Olé los chicos con riñones.)

SEV. (Con energía.) ¡Basta ya, y concluyamos de una vez! Esa es la puerta. (Señalando á la del foro.)

SER. (Ya lo sabemos que es la puerta.)

SEV. Por donde has de salir para siempre.

FIL. Tío...

SER. Don Severo...

SEV. ¡Para siempre, he dicho!...

SER. (*Per secula seculorum,* amén.)

PAUL. ¡Padre!...

SEV. (A Alberto.) Y... ¡Ay de tí si vuelves, y ay del que la abra para que entres!

SER. (*¡Moriturum te salutam!*)

FIL. (¡Pobrecillo!)

SEV. Conque largo de aquí.

ALB. Ya me voy. (Va hacia el foro.) Y pensad que el que entrega su hija á un hombre á quien esta odia, es responsable de sus culpas ante Dios.

SER. (Suplicando.) Don Severo... piense usted que...

FIL. (Idem.) Pero tío...

SEV. Ya está pensado todo. (A Alberto.) Vete.

SER. (No le da la gana, ea.)

ALB. (A Paulina, conmovido, desde el dintel de la puerta.) Paulina, nuestros juramentos quedan en pie. (A don Severo.) Me arrojais de aquí por pobre; pero antes de salir de aquí os quiero advertir, y no lo olvideis, que vuestra hija no se casará conmigo, pero tampoco con él ni con nadie mientras yo viva.

SEV. (Riendo sarcásticamente.) ¡Ja, ja, ja!

ALB. ¡Adiós, Paulina!

PAUL. (Prorrumpe en amargo llanto.) ¡Adiós, Alberto mío! (Cae desmayada en brazos de Filomena y Serafín. Comienza á caer lentamente el telón.)

SER. (Por don Severo.) ¿Para cuándo deja Dios las muertes repentinas?

FIL. ¡Pobre prima mía!

SEV. (Sigue riendo sarcásticamente mirando á Alberto, que continúa anodadado en la puerta contemplando conmovido á Paulina.) ¡Ja, ja, ja! (Fin del cuadro.)

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

Jardín con verja de hierro al foro y puerta en el centro. Lateral derecha la casa de don Severo, con puerta practicable que pone en comunicación la casa con el jardín. Bancos y sillas rústicas distribuídos por el escenario, y en segundo término izquierda una mesa y sobre ella unas bandejas con botellas y copas.

ESCENA PRIMERA

DON SEVERO, ERNESTO y DOÑA BARBARA

Al levantarse el telón, y en cuanto termina la orquesta, se oye dentro ruido y mucha algazara, carcajadas y palmadas

VOCES (Dentro.) ¡Bien, bien!

OTRAS ¡Alegría, alegría, viva Filomena!

TODOS ¡Viva!... ¡Viva!...

SEV. Nada, Ernesto, es cosa resuelta. Mi Paulina será tu esposa de aquí á tres días.

ERN. ¿Y si ella no quiere?

SEV. Lo querrá. Es buena hija y hará mi voluntad, y, si no, será lo mismo, porque lo quiero yo y basta.

BÁR. Me desagrada en extremo ese disgusto de vuestra hija, y si no fuera porque mi Ernesto la quiere y me asegura que con ella será feliz, yo sería la primera en oponerme á esa boda, porque no sé qué pueda Paulina encontrar reprochable en mi hijo. Es bueno... honrado.. hombre de carrera... rico...

ERN. (¡Ay... ojalá!)

SEV. Vaya, vaya, no discutamos más. Voy por esa gente, que están en el comedor bailoteando y no sé ni cómo se pueden rebullir. (Vase lateral derecha.)

BÁR. Es preciso, hijo mío. No hay más remedio que continuar deslumbrando á don Severo con nuestra falsa grandeza, para que siga creyéndonos potentados. Estamos amenaza-

dos de la ruina, el escándalo y la vergüenza, que es peor. No hay más salvación para nosotros que tu boda con Paulina.

ERN. Eso corre de mi cuenta. Paulina será mi esposa, que es lo que importa á nuestros propósitos.

(Se oyen voces y algarabía dentro de gente que se aproxima.)

VOCES (Dentro.) Vamos, vamos... ¡Viva, viva Filomena!

ERN. Silencio, que ahí vienen todos.

ESCENA II

DICHOS; SERAFÍN, FILOMENA, DON SEVERO, PAULINA, JUANITA, CONVIDADOS y CÓNVIDADAS, COMPARSA de bandurrias y guitarras y CANTADOR de coplas. Todos entran apresuradamente muy alegres y contentos, sobre todo Serafín, por los vapores del vino. Solamente Paulina está visiblemente triste

PAUL. (Reparando en Ernesto.) ¡El aquí! ¡Valor, Dios mío!

ERN (Dirigiéndose á Paulina.) Buenas tardes, mi encantadora prometida.

PAUL. (Con aire desdeñoso.) Buenas tardes, don Ernesto.

CORO (Rodeando á Serafín y gritando y palmoteando.) Bravo, bravo, que siga Serafín.

SER. (Como pronunciando un discurso.) ¡Oh, señores!... ¡Ah, señoras!... ¡Ah!...

FIL. Ay, hijo, parece que estás en la escuela... ¡Ah!... ¡Oh!...

SER. ¡Ah, señores míos! Yo quisiera, con permiso de don Severo, inculcar en vuestros cerebros lo que es el mundo, según el padre Villalón, el Provisor castrense.

JUA. ¡Anda, anda, castrense!

FIL. Y además *previsor*. (Carcajadas generales.)

SER. ¡Que no se diga, señores!.. Nada de guayaba, ¿eh? (Ligera pausa.) Pues bien, prosigo. ¡Ah... sí! Yo pudiera deciros (Mirando á don Severo con intención.) que hay hombres que en

vez de corazón tienen en el pecho una sucursal del Banco, en donde su desenfrenada avaricia va almacenando oro y más oro sin dejar ni un solo hueco en el que hallen consuelo las lágrimas que hace verter aquel oro que amontonan y se guardan villanamente.

PAUL. (¡Qué razón tiene!)

SEV. (¿Lo dirá por mí?

FIL. ¡Qué talento tienes, Serafín!

SER. Como que el mejor día seré ministro...

TODOS ¿Ministro?...

SER. Del Señor... y como aprieten las madres, puede, puede que sea padre...

TODOS ¿Cómo?...

SER. Padre... santo... (Todos ríen.)

SEV. Vaya, vaya, déjanos de sermones y á divertirnos, ¿verdad, hija mía?

PAUL. Sí, padre, á eso han venido todos, á divertirse.

SER. Doy por terminado mi discurso. He dicho. (Aplausos y bravos.)

ERN. Sí, majaderías.

FIL. (Con alegría.) Venga, venga la jota y á bailar.

TODOS Venga, venga.

Música

CORO
Viva la alegría
y viva el querer,
bailemos la jota
que es nuestro placer.
(Sale á bailar una pareja del Coro.)

CANT.
Está mi padre empeñao
en que á ti yo no te quiera
y te quiero y te querré
hasta el día que me muera.

CORO
Tipi, tipi, ti.
tipi, tipi, ti.
etc., etc.
Mira la Paulina
que tristona está
porque aquí su Alberto
no ha venido ya.

PARTES Y CORO

Granada tiene la Alhambra,
Madrid el Palacio real
y Córdoba la Mezquita
y Zaragoza el Pilar.

CORO Tipi, tipi, ti.
etc., etc.

Hablado

FIL. ¡Viva Aragón!

TODOS ¡Viva... viva!...
(Todos palmotean con entusiasmo.)

SEV. Vaya, vamos á tomar unas copitas que se seca el paladar.

SER. (El corazón es lo que se te debía secar, ¡vampiro!)
(Todos se aproximan á la mesa en que están las botellas y las copas y beben.)

SEV. Amigos míos, siento mucho dejarlos, pero no hay más remedio, pues en el correo que pronto pasará para Zaragoza he de partir para comprar allí algunos regalos para mi idolatrada hija, que dentro de tres días se casa con don Ernesto, (Le indica con la mano como presentándole.) y desde luego quedan convidados todos á la boda, que ha de ser sonada en el pueblo.

SER (Sí, sí puede que suene.)

SEV. Conque hasta la vuelta, y no olvides, Filomena, ni tú Paulina, lo que tengo advertido. ¡Que desdichado del que abra esta puerta á Alberto! (Vase por foro.)

BÁR. Yo también me retiro, pues aun queda mucho que hacer y preparar. Adiós, Filo, y que cumplas muchos años con felicidad.

FIL. Tantas y repetidas gracias, doña... Bárbara.

BÁR. Adiós, Paulina.
(Todos van saliendo lentamente por el foro menos Filomena que sale por la lateral derecha.)

SER. (Medio mutis.) Este mochuelo (Por Ernesto.) parece que se queda. No, pues yo me esconderé aquí para ver lo que ocurre, que este pajarraco no es de fiar.

(Se esconde en un sitio desde donde pueda ver la escena. Paulina hace medio mutis á la izquierda, pero la detiene Ernesto.)

ERN. Detente un momento, Paulina. Quiero oir de tus labios que me quieres. Yo te amo, sí. Tu padre lo sabe que no deseo más que tu cariño, que no ambiciono dinero... puesto que soy rico. (Sigamos mintiendo.)

SER. (Miau.)

PAUL. Y yo odio las riquezas. Busco corazón, quiero amor, y ese ya sabéis quién lo tiene para mí.

SER. (Muy bien dicho, pero requetesuperior.)

ERN. ¿Por qué me hablas así? Tu inexperiencia te hace creer que la felicidad se encuentra en donde en realidad no existe. Si tu padre y yo te dejáramos á tu libre albedrío no tardaría el día en que por debilidad nos culparías de tu infortunio. ¿Cómo has podido pensar en unir tu suerte á la de ese desgraciado obrero que solo puede ofrecerte el hambre como felicidad suprema? Deja esos delirios y reflexiona que debes aspirar á otro ambiente más acomodado á la vida de abundancia en que te has criado Di, ¿no has pensado en esto?

SER. (¿Y á ti qué te importa?)

PAUL. ¿Y usted no ha pensado en que yo no le amo? ¿En que hacerse querer de una mujer por fuerza es una crueldad?

ERN. (Con ademán resuelto.) Basta ya. Tu padre me ha concedido tu mano y serás mi esposa. Ya me querrás.

SER (Le voy á dar un puñetazo en la cabeza que se la van á tener que coser á máquina.)

PAUL. Pues que os veo tan resuelto oidme, y no olvidéis lo que voy á deciros. Sacrificándome al despótico mandato de mi padre acaso llegue á ser vuestra esposa; pero... ¿olvidar á mi Alberto? ¡Eso nunca, jamás! (Le vuelve la espalda á Ernesto.)

SER. (Pero que muy bien.)

ERN. (Se va ella con la mano levantada y en ademán de amenaza.) ¿Qué has dicho?

(En este momento sale Serafín como si nada hubiera visto ni oído y se interpone entre los dos.)

SER. (Santiguándose.) *¡Laus tibi Christi!* y cuántas alimañas hay eu este mundo.

ERN. ¿Qué quieres decir?

SER. (Con sorna.) No lo decía por usted, mi apreciable don Ernesto. Lo decía por esa maldita garduña que se mete á diario en el corral del convento y no va á dejar ni un conejo sano á las pobres madres.

ERN. (Este ha venido á estorbar.) Me voy. ¡Por voluntad ó por fuerza serás mía! ¡Adiós! (Vase por el foro.)

ESCENA III

SERAFÍN, PAULINA y después ALBERTO

SER. (Desde la puerta del foro y como dirigiéndose á Ernesto.) Anda de ahí, bribón. Así te coja un lobo hambriento, sierpe venenosa.

PAUL. ¿Por qué dices eso, Serafín?

SER. ¿Tú no has visto su acción cobarde? Yo sí. Lo he escuchado todo y he visto que cuando digiste que jamás olvidarías á Alberto, ese bandido se fué á ti con el puño levantado; pero... ¡ay de él si descarga el golpe! Entonces sí que hay una baja en el convento, porque salgo, cojo á ese señorito por el pescuezo y le extrangulo por cobarde y ladrón.

PAUL. Ya sé que es un infame y capaz de todo por lograr su ambición; pero mi alma es de mi Alberto y en él confío.

SER. (Reparando en Alberto que asoma por la puerta del foro.) ¿Alberto dices? Pues ahí le tienes.

PAUL. ¿A qué vienes, Alberto?

ALB. A vivir, á respirar, porque sin tu amor ni respiro ni vivo.

PAUL. Sí, Alberto mío; pero mi padre pudiera volver y....

SER. Déjate de pamplinas. Yo me pondré á la puerta por si viene y vosotros, mientras, que

caray... al aprovechen. (Va á la puerta del foro para acechar.)

ALB. Solo pensar que quieren robarme la posesión de la mujer que es mi sueño trastorna mi mente y maldigo la estrella que me hizo nacer pobre, porque el pobre es el escarnio del rico que explota su miseria y le trata como si no fuera un hermano. Nuestro cariño es el de dos almas nacidas para amarse y atravesar juntas el desierto de la vida. Nuestro desventurado sino va á separarnos tal vez para siempre; pero antes de casarte con el hombre á quien odio con toda mi alma, quiero estrecharte entre mis brazos, oirte que me amarás mientras vivas.

PAUL. Te juro que en la misma puerta de la iglesia oiras de mí que seré sólo tuya, para ti, Alberto mío, pero calla, calla y vete.

ALB. Adiós, Paulina. (Se abrazan con cariñosa efusión.) Allí estaré.

SER. ¡Alto, Ernesto viene!

ALB. Me alegro ¡Gracias, Dios mío, que me le vas á poner frente á frente!

PAUL. (Azorada.) Calma, Alberto mío.

ESCENA IV

DICHOS y ERNESTO

ERN. (Entrando por el foro y encarándose con Alberto.) ¡Alberto! ¿Tú aquí?

ALB. ¡Ah! ¿Me tuteas? Mejor; fuera cumplimientos, tú por tú. ¡Así te podré decir más claro y sin rodeos, que eres un miserable y un ladrón!

PAUL. ¡Por Dios, Alberto!

ERN. ¿Un ladrón?

ALB. Ladrón, sí. He dicho ladrón, porque ladrón es el que roba á otro lo que es suyo, y Paulina es mía, mía, y me quiere á mí solo, solo.

PAUL. Es verdad: á él, á él nada más.

SER. Y yo, Serafín de la Huerta y Prado, firmo y certifico.

ERN. (A Alberto.) Paulina será mía, ¿lo entiendes?

SER. *Nequaquam...*

ALB. Eres tan infame como cobarde. Pero aun no te has casado y antes de consumar tu obra pudiera matarte, canalla. (Se dirige á Ernesto en actitud de amenaza.)

PAUL. (Interponiéndose entre los dos.) No, Alberto, eso no.

ERN. (Ríe sarcásticamente.) ¡Ja, ja, ja!... (Transición.) Acabemos de una vez.

ALB. Sí, acabemos y vamos pronto á donde los hombres van cuando se odian á muerte. (Con energía y señalando á la puerta.) Vamos.

SER. Ese es Alberto.

PAUL. No, Alberto mío, eso sería matarme.

ALB. Con cobardes como tú es imposible la lucha. Hace falta asesinar y yo no soy asesino.

SER. (Por Alberto.) (¡Este hombre es un santo!)

ERN. Acabemos, he dicho, porque ni tú has de conseguir tu fin, ni yo he de desistir de mi resolución. Paulina será mi esposa y si quieres verlo convidado quedas á la boda.

ALB. Gracias, no faltaré. (Va saliendo y se para en el dintel de la puerta.) Paulina, adiós, piensa en mí y no me olvides. (Dicho con acento conmovido.)

PAUL. (Sollozando.) ¡Jamás, jamás!... ¡Adiós!

SER. (Mirando conmovido á Paulina.) Pobrecilla. (Dirigiéndose á Ernesto.) ¡Esta es tu obra, infame! (Amenazándole.) ¡A que te zumbo!... (Alberto, anonadado, continúa en la puerta mirando á Paulina. Ernesto mira con arrogancia á Alberto, y Paulina contempla con ira reconcentrada á Ernesto.—Telón.)

MUTACION

CUADRO TERCERO

La escena representa una plaza de pueblo. Lateral izquierda fachada y pórtico de entrada á la iglesia parroquial, y á la vez convento de monjas. Lateral derecha, la desembocadura de dos calles.

ESCENA PRIMERA

CORO DE MUJERES y luego SERAFÍN

Música

CORO
Hoy se casa Paulina,
la perla del lugar,
y está desconsolada,
no cesa de llorar.
Porque ella, á quien quiere
es á su Alberto,
y su padre prefiere
á don Ernesto.
Don Sèvero la obliga
por su ambición,
pero de Alberto siempre
será su corazón.
¡Qué triste es el destino
de la pobre mujer,
que en el mundo no es libre
ni aun para querer!
(Va á retirarse el Coro al compás de las últimas notas y una exclama cantando.)

UNA
Serafín viene hacia acá.

TODAS
¡Serafín!... ¡Serafín!...

SER.
(Entra cantando por la derecha.)
Tened muy buenos días,
saludo en general.

CORO
Mil gracias, se agradece.

SER.
Pues se acabó de hablar.
(Se retira como para entrar en la iglesia.)

CORO
Que cante, que cante:
canta, Serafín.

Que cante, que cante:
canta algo aquí.

SEF. (Hablado.) Bien, bien: á callar.

CORO Silencio, silencio,
que ya va á empezar.

SER. Las monjas de mi convento
tienen fama de golosas,
sobre todo sor Rufina
que hace hojaldres con sor Rosa
y con la madre Agustina.
Tilín, tilín,
talán, talán,
los hojaldres de las monjas
son sabrosos de verdad.

CORO Tilín, tilín,
talán talán,
etc., etc.

SER. La novicia Rosalía,
que de mí se ha enamorado,
me dijo ayer con sonrisa,
te has quedado muy delgado
porque tocas mucho á misa.
Tilín, tilín,
talán, talán,
que tocando mucho á misa
es muy fácil enfermar.

CORO Tilín, tilín,
etc., etc.

Hablado

SER. Conque se acabó, y el que quiera saber más que vaya á la escuela. (Con voz de mando y acento militar.) ¡A derecha... izquierda... des... filen... mar!... (Salen todas riendo á carcajadas por la lateral derecha. Después de una ligera pausa.) ¿Qué le ocurrirá á sor Salomé para llamarme con tanta prisa?... ¿Qué hará Alberto? (Vase por lateral izquierda.)

ESCENA II

ALBERTO y después SERAFÍN

ALB. (Entra por la derecha lentamente y muy abatido; pero según indica la acción, va enardeciéndose hasta llegar á la desesperación.) ¡Qué noche más terrible!... Siento que la idea del crimen se agita en mi mente; pero no, Alberto, no... ¡Tú no puedes ser criminal!... ¡Pero si me roban mi tesoro... mi vida!... ¡Otra vez esa horrible tentación!... ¡Maldito pensamiento!... (Serafín sale lentamente sin ser visto por Alberto y se coloca detrás de él contemplándole con lástima.) ¡Dios mío, Díos mío, ya que vais á privarme del alma de mi vida, de mi Paulina, no me priveis también de la razón! ¡Si me mandais el cáliz de la amargura, dadme fuerzas para apurarlo hasta la última gota!

SER. (Que ha escuchado el párrafo anterior.) (¡Pobre Alberto!) (Dirigiéndose á él.) ¿Qué haces aquí?

ALB. ¿Qué he de hacer? Esperar que llegue el instante temido de mi desventura.

SER. Ten calma y piensa que un monento de arrebato abre las puertas del presidio á un hombre de bien, y que al salir de allí con el sello de ignominia en la frente no encontrará casa honrada que le dé albergue, ni hallará tampoco en donde ganar un pedazo de pan.

ALB. ¡Calma!... ¿A un desesperado pides calma? Pero nada temas, soy un hombre honrado y mis manos no se teñirán en sangre de nadie.

SER. Porque eres bueno, y los buenos antes que asesinos son mártires.

ALB. ¡Ella es mi vida toda! ¡Quiero verla, verla por última vez al pie del altar!

SER. ¿Que quieres verla casar, dices? ¿Pero estás loco?

ALB. Loco, sí, déjame, déjame.

SER. (Ya deben estar al llegar y voy á salir á su

encuentro.) Adiós, Alberto, y no olvides que para las degracias grandes se han hecho las almas fuertes.

ALB. Adiós, amigo mío, adiós. (Se abrazan con gran efusión, y vase Serafín por lateral derecha.) Paulina es una víctima que se inmola á la tiranía de su padre, y es preciso salvarla, cueste lo que cueste. (Se oye ruído de gente que se aproxima.) Ya vienen; me ocultaré aquí en la iglesia... ¡Valor, Dios mío, valor! (Entra en la iglesia.)

ESCENA III

DON SEVERO, ERNESTO, SERAFÍN, DOÑA BÁRBARA, PAULINA, FILOMENA, JUANITA, CORO GENERAL, y después ALBERTO.

Salen todos por lateral derecha. Primero el Coro, que se adelanta á la puerta de la iglesia para ver entrar en ella á toda la comitiva; después don Severo con su hija; detrás Ernesto con su madre y Juanita, y por último Filomena con Serafín. En Paulina se observa que está muy pálida y muy triste. Acompañamiento de convidados y convidadas, sin orden determinado

VOCES ¡Vivan los novios!...

OTRAS ¡Vivan!...

(Avanza la comitiva, y al ir á entrar en la iglesia aparece Alberto en la puerta de ella aparentando una serenidad que no tiene. Movimiento de estupefacción en todos, porque presienten que algo grave va á ocurrir.)

PAUL. (Lanzando un grito al ver á Alberto.) ¡Ah!...

SER. (Santiguándose.) En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

SEV. ¡Alberto!... ¡Tú!...

ALB. Sí, yo... ¿No me esperaban?

ERN. (Bajo á doña Bárbara.) Yo sí le esperaba... Pero tranquilícese usted, madre, pues vengo prevenido... (Aludiendo á que lleva un arma.)

JUA. Ernesto, por Dios.

SER. (Aquí se arma la gorda.)

ALB. No tema usted, don Severo, ni tiemble por su hija, que daré mi vida por ella si hace falta.

SEV. (Esto me tranquiliza.)

ALB. No alarmarse, amigos míos, que yo he venido convidado también. ¿No es cierto, Ernesto?

ERN. Verdad, sí; yo te convidé para que veas por tus propios ojos que Paulina se casa conmigo. (Paulina se lleva el pañuelo á los ojos para enjugar las lágrimas.)

FIL. (Acercándose con cariño á Paulina.) No llores, Paulina, ten ánimos.

ALB. No vengo en son de guerra á arrebatar á nadie lo que no sea mío. Vengo á aspirar el consuelo de ver por última vez á la mujer que tanto adoro, á despedirme de ella para siempre y á decirla que no la olvidaré nunca, nunca. (Mirando conmovido á Paulina.)

ERN. (Encarándose con Alberto.) ¡Basta! Ya se agotó mi paciencia. Paulina se casa conmigo porque su padre lo quiere, y ella y yo lo queremos... y... nada más.

SEV. Eso es...

ALB. Calma, calma, que á eso vengo yo, á ejercer de juez en esta boda. ¿Para que un matrimonio se efectúe, que hace falta? La voluntad de los dos contrayentes, ¿no es así? Pues ahora pregunto: Paulina, ¿á quién quieres por esposo?

PAUL. (Se separa de los brazos de Filomena y corre con resolucióa á los de Alberto.) ¡A ti, Alberto mío, á ti! (Estupefacción general.)

ERN. ¡Ah, traidora! (Saca un puñal, y con él va á herir á Paulina.)

ALB. (Sujetándole fuertemente.) ¡Quita allá, cobarde! (Luchan los dos, y á un empuje brusco de Alberto cae Ernesto al suelo, clavándose en el corazón, al caer, su propio pnñal.)

ERN. (Al sentirse herido y con tono de doloroza angustia.) ¡Jesús!...

VOCES ¡Qué horror!... (Varios rodean consternados el cadáver de Ernesto.)

JUA. (Muy conmovida.) ¡Pobre Ernesto, muerto!

BÁR. (En un grito de dolor y desesperación.) ¡Hijo de mi alma! (A Alberto.) ¡Le has matado tú, infame!

ALB. (Fuera de sí y con entonación dramática.) No, no fuí yo. Fué la justicia de Dios la que clavó en el pecho del asesino su propio puñal, salvando así la vida de un ángel inocente.

SEV. (Muy conmovido y elevando la vista al cielo.) ¡Perdón, Dios mío, perdón! (Telón lento.)

(Al talento artístico del Director de escena recomiendan los autores el mayor cuidado en la colocación de las figuras, para que el cuadro resulte emocionante.)

FIN DE LA ZARZUELA

COUPLETS PARA REPETIR

Según murmura la gente
la novia de Juan Casola
se ha puesto bastante hinchada,
porque abusa de la kola,
de la kola granulada.
Tilín, tilín,
talán, talán,
que abusando de la kola
el hincharse es natural.

—

Las cuatro reglas de cuentas
aprendiendo está la Justa,
y ella estudia sin parar;
pero la que más la gusta
es la de multiplicar.
Tilín, tilín,
talán, talán,
eso no me extraña nada
porque á mí me ocurre igual.

—

El tonto á veces me llaman
muchas gentes envidiosas;
pero las contento pronto
de que están muy orgullosas
las hermanas con su tonto,
Tilín, tilín,
talán, talán,
si alguno lo pone en duda
se lo puedo demostrar.

—

Siempre ayunos y abstinencias
les predica el padre Arzola,
y aprovechan la lección;
pero abusan de la cola,
de la cola... colación.
Tilín, tilín,
talán, talán,
los ayunos y abstinencias
para mí demás están.

3 0112 117477031

Precio: UNA peseta